

Historias de guerra: las narrativas de los veteranos franceses y la “experiencia de guerra” en el siglo XIX¹

Philip Dwyer. University of Newcastle, Australia

Resumen: Las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas fueron las primeras en la Historia sobre las que los soldados corrientes escribieron en grandes cantidades. Este artículo, que se centra en el recuerdo francés de dichas guerras, examina una gran variedad de memorias publicadas desde finales del siglo XVIII hasta el siglo XX. A lo largo de ese tiempo vemos un enfoque diferente de la guerra y de cómo esta fue recordada y evocada, de forma mucho más personal y experiencial que como se había hecho hasta entonces. El presente artículo argumenta que la exactitud histórica de estas narrativas carece de importancia. En vez de eso, revelan mucho más acerca de cómo estas guerras fueron representadas y recordadas. Igualmente importante es lo que estas narraciones muestran a los historiadores acerca de las vidas (privadas) de los soldados durante dichas guerras, y qué era lo que estos excombatientes pensaban y sentían, a posteriori, acerca de determinados hechos. De igual modo, no es tan importante aquí la realidad de la “experiencia de guerra” como el constructo cultural que sobre ella se genera. Así, las memorias de guerra son una fuente de gran importancia para abordar el modo en que los excombatientes y la sociedad francesa decidieron recordar y procesar el pasado.

Palabras clave: muerte y sufrimiento, memoria, Guerras Revolucionarias y Napoleónicas, cultura de guerra, memorias de guerra

Aunque son usadas frecuentemente por los historiadores, las memorias, ya sean de índole política, militar o autobiográfica, suelen ser consideradas como poco fiables. Sabemos de las malas pasadas que la memoria puede jugarnos, y también que la gente narra acontecimientos en los que nunca tomó parte, o repite historias oídas en un determinado lugar y que, luego, incorpora como propias.² Para el periodo estudiado –las Guerras Revo-

¹ Este artículo fue publicado originalmente con el título de “War Stories: French Veteran Narratives and the ‘Experience of War’ in the Nineteenth Century”, *European History Quarterly*, 41-4, pp. 561-585. Traducido al castellano por Miguel Alonso Ibarra.

² Natalie PETITEAU: *Lendemain d’Empire. Les soldats de Napoléon dans la France du XIXe siècle*, París, La Boutique de l’Histoire, 2003, p. 129; y para un periodo posterior Alistais THOMPSON: *Anzac*

lucionarias y Napoleónicas— la falta de fiabilidad de estas memorias se apoya en el hecho de que algunos de los trabajos más conocidos, como los de la Duquesa de Abrantes o los de la secretaria de Napoleón, Louis Bourrienne, fueron escritos, probablemente, por lo que se conoce como *teinturiers*, escritores anónimos y profesionales que, en ocasiones, también fabricaban memorias.³ Incluso cuando la autenticidad de los autores individuales puede ser corroborada, muchas memorias rozan lo fantástico, mientras que otras están trufadas de episodios y anécdotas completamente inventadas.

Un ejemplo de esto puede encontrarse en las memorias del Capitán Coignet, un conscripto, analfabeto antes de entrar el ejército, que participó en numerosas campañas entre 1796 y 1815, y que aprendió a leer a la edad de treinta años en una *Ecole régimentaire*.⁴ A sus setenta años, dio a conocer el que se convertiría en uno de los relatos más famosos sobre las Guerras Napoleónicas. Coignet, sin embargo, ha sido descrito como el “típico soldado cuentahistorias del estilo del Barón Munchausen”, en otras palabras, alguien que exageraba si no inventaba experiencias personales, quizá con la intención de satisfacer las expectativas que la sociedad tenía respecto a un veterano de la Grande Armée.⁵ El calificativo de “Munchausen” implica que, Coignet, o bien deliberadamente distorsionó o inventó el pasado o que, cuando menos y debido a los caprichos de la memoria, algunos de sus recuerdos no pueden ser otra cosa que meros cuentos. El relato de un excombatiente anónimo conocido como Sargento Réguinot, por ejemplo, ni siquiera se refiere a su propio testimonio como “memoria”, sino más bien como “aventura”, y es bajo ese prisma como pretende ser leído e interpretado.⁶ Ciertamente, en algunas memorias los límites entre realidad y ficción son confusos, mientras que en otras las anécdotas parecen ser puro folklore y contienen elementos fantásticos.⁷

Sin embargo, nada de esto significa que lo que se cuente sea falso o que las memorias adolezcan, por lo general, de una total falta de fiabilidad. Es evidente que cuan-

Memories: Livings with the Legend, Melbourne, Monash University, 1994, pp. 8-11; Samuel HYNES: *The Soldier's Tale: Bearing Witness to Modern War*, Nueva York, Penguin Books, 1997, pp. 15-16 y 23-25.

³ A este respecto ver Sergio LUZZATTO: *Mémoire de la Terreur. Vieux montagnards et jeunes républicains au XIXe siècle*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1991, pp. 196-202 [traducido del italiano por Simone Carpentaire-Messina], que también se refiere a ellos como *artisans du souvenir*; Brigitte DIAZ: “L’histoire en personne”. *Mémoires et autobiographies dans la première partie du XIXe siècle*”, en Carole DORNIER (ed.): *Se raconter, témoigner*, Caen, Presses Universitaires de Caen, 2001, pp. 129-130; Damien ZANONE: *Ecrire son temps. Les Mémoires en France de 1815 à 1848*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 2006, pp. 51-59; y Pierre NORA: “Les Mémoires d’Etat: De Commines á de Gaulle”, en Íd. (ed.): *Les Lieux de Mémoire*, 3 vols., París, Gallimard, 1984-86, 2.2, pp. 361-362.

⁴ Jean-Roch COIGNET: *Cahiers du capitaine Coignet*, París, Arléa, 2001, p.

⁵ David HOPKIN: *Soldier and Peasant in French Popular Culture, 1766-1870*, Suffolk, The Boydell Press and The Royal Historical Society, 2003, p. 100; e Íd.: “Storytelling, fairytales and autobiography: some observations on eighteenth- and nineteenth-century French soldiers’ and sailors’ memoirs”, *Social History*, 29 (2004), pp. 186-198, que rastrea la influencia de la narración oral en las memorias del Ejército y la Marina franceses. De forma similar, las memorias del General Marbot han sido comparadas con las aventuras de Simbad el Marino en *Las mil y una noches* (Francis MAGNARD: “La Réssurrection d’une légende”, *La Revue de Paris*, 1 de febrero de 1894, p. 104.

⁶ RÉGUINOT: *Le sergent isolé. Histoire d’un soldat pendant la campagne de Russie en 1812*, París, s.n., 1831.

⁷ Aunque Eugen Weber cree que son simples descripciones de realidades campesinas. Eugen WEBER: “Fairies and Hard Facts: The Reality of Folktales”, *Journal of the History of Ideas*, 42(1981), pp. 93-113; David HOPKIN: “Storytelling, fairytales and autobiography...”, p. 196.

do las memorias pueden cruzarse son capaces de ofrecer información valiosa acerca de los individuos, los acontecimientos y los lugares que describen. En lo que respecta a las memorias más fantasiosas, es posible que los soldados de origen campesino utilizaran historias procedentes del folclore con las que estaban familiarizados para así expresar mejor un acontecimiento que habían experimentado o una serie de ellos –las madrastras crueles son un tropo común–⁸, o que incorporasen cuentos populares en sus anécdotas porque estos eran parte de sus bagajes mentales y, por ende, parte integral del modo en que daban sentido a sus vidas. También es posible que los excombatientes (como narradores), especialmente en su edad adulta, fuesen incapaces de distinguir entre recuerdos imaginados y la realidad del pasado.⁹ La narración era uno de los medios por los que estos individuos podían procesar los hechos, generalmente traumáticos, a través de los cuales habían tenido que transitar y, por tanto, dotar de cierto sentido a sus vidas y a su papel en la Historia.¹⁰ En este proceso, los hechos podían acabar siendo inseparables de las fantasías, al menos en la mente del excombatiente, contados y vueltos a contar como si realmente los hubiesen vivido. Las ficciones –es decir, “narraciones elaboradas y moldeadas por sus autores”–¹¹, cuando se dan y no son el resultado de las distorsiones temporales y de la influencia de presiones culturales de uno u otro tipo, pueden igualmente ser interpretadas en otro nivel. Son formas de manipular la realidad, de crear la ilusión de que uno tiene el control de su propia vida y del mundo que le rodea.¹² El hecho de que muchas de estas memorias no sean verídicas, que intercalen historias procedentes del folclore entre sus anécdotas y experiencias, o que en ellas haya envuelto un elemento narrativo (ficticio o de otro tipo) es precisamente la razón por la cual son interesantes y útiles.

Esta no fue la primera vez en la historia de Francia en la que los suboficiales o los soldados rasos se sintieron obligados a escribir sobre sus experiencias, pero sí era la primera vez en la que lo hicieron en cantidades tan significativas, sobrepasando el número de relatos escritos por nobles y oficiales de alto rango.¹³ A lo largo del siglo XIX se publicaron cientos de memorias de guerra y se escribieron, a veces años si no décadas después del final de las guerras, muchas más, aunque algunas nunca fueron publica-

⁸ Véase, por ejemplo, Joachim-Joseph DELMARCHE: *Les Soirées du grenadier français de la Grande Armée*, Rocroi, Impr. de Des Gamaches-Colson, 1849, pp. 8-9. Jean-Roch COIGNET, op. cit., p. 26.

⁹ Véase, por ejemplo, Alessandro PORTELLI: “Uchronic Dreams: Working-Class Memory and Possible Worlds”, en Íd.: *The Death of Luigi Trasulli and Other Stories*, Albany, SUNY Press, 191, pp.99-116. Las historias de guerra, si son falsas o inexactas, no lo son tanto a consecuencia de la falta de memoria como por la fusión de un pasado imaginado con la historia real.

¹⁰ Graham DAWSON: *Soldier Heroes: British Adventure, Empire and the Imagining of Masculinities*, Londres, Routledge, 1994, pp. 22-23; Peter FRITZSCHE: “Specters of History: On Nostalgia, Exile and Modernity”, *American Historical Review*, 106 (2001), pp. 1587-1618.

¹¹ Sobre la narrativa de la Historia véase Sarah C. MAZA: “Stories in History: Cultural Narratives in Recent Works in European History”, *American Historical Review*, 101 (1996), pp. 1493-1515, esp. p. 1495.

¹² Steven E. KAGLE y Lorenza GRAMEGNA: “Rewriting Her Life: Fictionalization and the Use of Fictional Models in Early American Women’s Diaries”, en Suzanne L. BUNKERS y Cynthia A. HUFF (eds.): *Inscribing the Daily: Critical Essays on Women’s Diaries*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1996, pp. 38-55 y 42-43.

¹³ Yuval Noah HARARI: *The Ultimate Experience: Battlefield Revelations and the Making of Modern War Culture, 1450-2000*, Basingstoke y Nueva York, Palgrave-Macmillan, 2008, pp. 190-193.

das.¹⁴ Este flujo de relatos fue el resultado de una combinación de factores: la constatación de que el excombatiente había vivido un periodo extraordinario, por lo tanto motivado por el deseo de registrar su papel en aquellos trascendentales acontecimientos; la coincidencia con un incremento de las tasas de alfabetización; y la concurrencia con un aumento del número de trabajos de índole secular publicados. Este artículo examina una selección cruzada de 50 memorias (intercalada con unos pocos diarios y cartas), que abarca cronológicamente, en cuanto a su fecha de publicación, desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días. Muchas de ellas son francesas, aunque se han incluido también unas pocas memorias que no son de origen galo, pertenecientes a individuos de la multinacional Grande Armée. Los autores, por tanto, eran gente instruida, si bien unos más que otros. Es decir, algunos aprendieron a leer y a escribir con cierto grado de fluidez mientras estaban en el ejército. Una pequeña fracción de las memorias aquí seleccionadas fue escrita por suboficiales, y hasta un 20 por ciento por oficiales superiores (coroneles y generales) –algunos de los cuales eran aristócratas–, pero, por primera vez en la historia, la mayoría fueron escritas por oficiales de bajo y medio rango, algo que constituye una peculiaridad de estas guerras.

Las razones por las cuales los excombatientes decidieron plasmar sus pensamientos sobre el papel variaban enormemente y oscilaban entre la voluntad de parte de los generales de justificar el papel jugado en determinados momentos de la guerra, y el deseo de los veteranos de “conmemorar” eventos o acciones particulares, es decir, lo que hicieron en cierto lugar y tiempo. Otros querían aportar una visión clara sobre los hechos históricos, dejar un relato a la familia, o simplemente recordar a los camaradas caídos.¹⁵ Escribir fue, frecuentemente aunque no siempre, un acto de catarsis personal, permitiendo a los supervivientes dar algo de significado y sentido a lo que habían vivido. Escribir, por tanto, otorgó al excombatiente y a su vida una cohesión narrativa de la que carecían intrínsecamente sus experiencias de guerra y que, de otra forma, no habría existido. Las memorias deben leerse no como testimonios factuales de las guerras, sino como narraciones personales que subrayan la “experiencia”, pese a que alguna haya sido exagerada, censurada o incluso inventada.¹⁶ Sin embargo, todo este proceso no conllevó una gran carga de reflexión propia. Los excombatientes, a veces, reflexionaron sobre la guerra y la sociedad, pero casi nunca sobre su lugar en todo ello.¹⁷ Los lectores, por contra, podían reconocer sus propias vidas e historias en las adversidades y experiencias narradas, de una forma a menudo parecida a la novela.

¹⁴ Laurence MONTROUSSIER, en *Ethique et commandement* (París, Economica, 2005, p. 9) ha elaborado un inventario de 569 memorias de guerra para el periodo 1799-2002.

¹⁵ Véase Philip G. DWYER: “Public Remembering, Private Reminiscing: French Military Memoirs and the Revolutionary and Napoleonic Wars”, *French Historical Studies*, 33 (2010), pp. 231-258, para un resumen acerca de los motivos que impulsaron a los veteranos a escribir memorias.

¹⁶ Alan FORREST: *The Legacy of the French Revolutionary Wars: The Nation-in-Arms in French Republican Memory*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, p. 77.

¹⁷ Yuval Noah HARARI: *Renaissance Military Memoirs: War, History and Identity, 1450-1600*, Woodbridge, Boydell & Brewer, 2004, p. 103; Eugène Labaume: *Relation circonstanciée de la campagne de Russie*, París, C.L.F. Panckoucke, 1815, pp. 3-14, empieza su relato con una reflexión acerca del carácter de Napoleón y describe las circunstancias políticas extranjeras que llevaron a la guerra con Austria en 1809, España y Rusia.

Para el propósito de este estudio no tiene demasiada importancia que los relatos de los excombatientes sean históricamente fidedignos, ni incluso que las experiencias que cuentan ocurriesen realmente; más bien, la importancia reside en lo que estas narraciones nos cuentan acerca de cómo fueron representadas y recordadas las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas. Sabemos que el tiempo puede distorsionar los recuerdos, y que en el tiempo que transcurre entre la experiencia de los excombatientes y la redacción sus memorias pueden influir un gran número de factores culturales, dándoles forma y alterándolas.¹⁸ Sin embargo, nada de esto importa tanto como el grado en que las memorias ayudaron a conformar una narrativa colectiva sobre la Revolución y el Imperio en Francia muchas décadas, si no generaciones, después de la caída de Napoleón. De por sí, los relatos de los veteranos son una fuente importante no solo para conocer los detalles acerca de cómo se creó y representó una imagen de las citadas guerras, sino también para entender las formas a través de las cuales los excombatientes y la sociedad francesas eligieron recordar y conmemorar estos conflictos, para comprender lo que ellos percibían como el tipo militar ideal, así como profundizar en las actitudes políticas y sociales prevalentes en aquel momento (especialmente hacia la muerte y el sufrimiento). El relato individual de historias de guerra ha sido examinado en otros contextos, generalmente en relación con narrativas públicas en torno a los conflictos bélicos del siglo XX.¹⁹ Pero, con contadas excepciones, los historiadores han tendido más a examinar las tradiciones orales –‘memoria popular’–, las cartas o los diarios, y han prestado escasa atención al modo por el cual se han transmitido, a través de narrativas personales como las memorias, las representaciones textuales de las guerras.²⁰

¹⁸ En este punto, véase Jay WINTER: *Sites of Memory, Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995; Samuel HYNES: “Personal narratives and commemoration”, en Jay WINTER y E. SIVAN (eds.): *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pp. 205-220; y Alan FORREST: *Napoleon’s Men: The Soldiers of the Revolution and Empire*, Londres, Bloomsbury Academic, 2002, p. 23.

¹⁹ Dos ejemplos prominentes son Alistair THOMPSON: *Anzac Memories...*; y Penny SUMMERFIELD: *Reconstructing Women’s Wartime Lives: Discourse and Subjectivity in Oral Histories of the Second World War*, Manchester, Manchester University Press, 1998.

²⁰ Véase, por ejemplo, Alan FORREST: *Napoleon’s Men...*, pp. 21-27. La literatura sobre memorias de guerra es limitada pero está empezando a desarrollarse. Para la perspectiva alemana de este período, puede consultarse Julian MURKEN: “Von ‘Thränen und Wehmut’ zur Geburt des ‘deutschen Nationalbewusstseins’. Die Niederlage des Russlandfeldzugs von 1812 und ihre Umdeutung in einen nationalen Sieg”, en Horst CARL, Hans-Henning KORTÜM, Dieter LANGEWIESCHE y Friedrich LENGGER (eds.): *Kriegsniederlagen. Erfahrungen und Erinnerungen*, Berlín, Oldenbourg Akademieverlag, 2004, pp. 107-122. Para un análisis de las memorias militares en un periodo anterior véase Yuval Noah HARARI: *Renaissance Military Memoirs*; Íd.: “Martial Illusions: War and Disillusionment in Twentieth-Century and Renaissance Military Memoirs”, *Journal of Military History*, 69 (2005), pp. 43-72, especialmente p. 29 para una lista de otros estudios; e Íd.: “Military Memoirs: A Historical Overview of the Genre from the Middle Ages to the Late Modern Era”, *War in History*, 14 (2007), pp. 289-309. Para trabajos sobre las épocas de la Revolución Francesa y napoleónica véase, Philip DWYER: “Public Remembering, Private Reminiscing...”, esp. pp. 232-3, nota 7; y Alan FORREST: *The Legacy of the French Revolutionary Wars...*, pp. 75-80. Parece haber una interrupción de los trabajos acerca del siglo XIX (en Europa al menos). No hay estudios, por ejemplo, sobre memorias de guerra y las contiendas de Crimea o franco-prusiana, ni tampoco ninguno acerca de las guerras de colonización que tuvieron lugar a lo largo del XIX. Para la Primera y la Segunda Guerra Mundial se puede recurrir a Samuel HYNES: *The Soldier’s Tale...*, que examina lo que él denomina como “relatos personales”; Paul FUSSEL: *The Great War and Modern Memory*, Nueva York, Cambridge University Press, 1995, en parte sobre narraciones de guerra; Íd.: *War-time: Understanding and Behavior in the Second World War*, Nueva York, X, 1989; Ann LINDER: *Prin-*

Lo que comúnmente se conoce como ‘experiencia de guerra’ es un creciente campo de estudio dentro de la historia militar y cultural. La mayoría de los trabajos hasta la fecha se han centrado en las guerras del siglo XX, aunque ha habido algunas incursiones en periodos anteriores.²¹ El foco de estos estudios se ha situado mayoritariamente sobre la experiencia subjetiva del soldado en la batalla y en la campaña, una tendencia que ha prestado más atención a la naturaleza experiencial de la guerra de lo que lo había hecho la historia militar tradicional. Sin embargo, este enfoque es en y por sí mismo problemático. Las experiencias dependen de los recuerdos, con lo que pueden ser, por definición, filtradas, moldeadas e influenciadas a través del tiempo del mismo modo en que pueden serlo las representaciones, textuales u orales, del pasado. Quizás, muy frecuentemente los historiadores militares de las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas han tomado y aceptado al pie de la letra la afirmación de los excombatientes “Cuento lo que vi (o viví)”.²² Esta afirmación pretendía resaltar la autenticidad del testimonio del autor, así como del texto. Sin embargo, aquí –porque un relato de una batalla, o del dolor y el sufrimiento asociado a ella no pueden ser nunca sino impresionistas, y dado que son experiencias re-construidas– las memorias no sirven como un reflejo preciso del pasado en ningún sentido empírico, sino más bien como ‘documentos lingüísticos’ que revelan ‘ideologías culturalmente desarrolladas’.²³ En concreto, si nos fijamos en los tipos de historias que se cuentan, podemos entender estas memorias como artefactos culturales

ces of the Trenches: Narrating the German Experience of the First World War, Columbia, Camden House, 1989, aunque su definición sobre relatos de guerra incluye tanto novelas, como diarios y memorias; y Michael ROPER: “Re-remembering the Soldier Hero: the Psychic and Social Construction of Memory in Personal Narratives of the Great War”, *History Workshop Journal*, 50 (2000), pp. 181-204. Sobre la experiencia rusa, nuevamente para un período posterior, véase Roger D. MARKWICK, “‘A Sacred Duty’: Red Army Women Veterans Remembering the Great Fatherland War, 1941–1945”, *Australian Journal of Politics and History*, 54 (2008), pp. 403-20; y Barbara WALKER, “On Reading Soviet Memoirs: A History of the ‘Contemporaries’ Genre as an Institution of Russian Intelligentsia Culture from the 1790s to the 1970s”, *The Russian Review*, 59 (2000), pp. 327-53. Sobre las memorias de los miembros franceses de las SS véase Philippe CARRARD: “From the Outcasts’ Point of View: The Memoirs of the French Who Fought for Hitler”, *French Historical Studies*, 31 (2008), pp. 477-503. Para una visión de conjunto en perspectiva de género véase Yuval Noah HARARI: “Military Memoirs: A Historical Overview...”.

²¹ Véase, por ejemplo, Gerald F. LINDERMAN: *Embattled Courage: The Experience of Combat in the American Civil War*, Nueva York, Free Press, 1987; Richard Bruce WINDERS: *Mr. Polk’s Army: The American Military Experience in the Mexican War*, Houston, Texas A&M University Military History, 1997; Janet S.K. WATSON: *Fighting Different Wars: Experience, Memory and the First World War in Britain*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004; and Stephen G. FRITZ: *Frontsoldaten: The German Soldier in World War II*, Lexington, University of Kentucky Press, 1995.

²² Este tipo de afirmaciones pueden encontrarse en un buen número de memorias del periodo como en Jérôme LAUGIER: *Les cahiers du capitaine Laugier*, París, Aix: J. Remondet Aubin, 1893, pp. 2-3. Sobre esta cuestión véase Henri ROSSI: *Mémoires aristocratiques féminins, 1789–1848*, París, Champion, 1998, pp. 46-53. De forma interesante, historiadores contemporáneos como Guizot y Michelet han tratado las memorias como si fuesen una fuente archivística de confianza a partir de la cual pudiesen escribirse estudios. (Pierre NORA: “Les Mémoires d’Etat...”, pp. 364-365. Para una discusión teórica sobre el significado y uso del concepto “experiencia” en Historia véase Joan SCOTT: “The Evidence of Experience”, *Critical Inquiry*, 17 (1991), pp. 773-97; Lynn HUNT: “The Experience of Revolution”, *French Historical Studies*, 32 (2009), pp. 671-678.

²³ Daniel WICKBERG: “What is the History of Sensibilities? On Cultural Histories, Old and New”, *American Historical Review*, 3 (2007), p. 661.

capaces de arrojar luz sobre cómo los contemporáneos veían el periodo en el que vivieron.²⁴

I.

Incluso antes de que las guerras terminasen, los participantes se apresuraron a publicar sus testimonios. Títulos como *Souvenirs d'un officier...* (Recuerdos de un oficial...), *Mémoires pour servir à l'histoire...* (Memorias para servir a la Historia...), *Les cahiers du...* (Los cuadernos de...), y *Relation circonstanciée de...* (Relato detallado de...) continuaron apareciendo a lo largo de los siglos XIX y XX. La mayoría de ellos recurren a patrones establecidos, a menudo consistentes en una 'gran narración' general en la que los principales episodios de las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas suceden, de hecho, repitiéndose una y otra vez, y donde se abordan las diferentes batallas, generalmente dentro de un relato cronológico trufado de anécdotas personales que subrayan las experiencias individuales: coraje o fuerza para sobreponerse a las adversidades, privaciones, muerte, camaradería, encuentros sexuales y las dificultades asociadas al día a día de la vida en campaña. Muchos de ellos, igualmente, no se escribieron en medio de un vacío social, político o cultural, sino que estaban influenciados por otras memorias, informaciones periodísticas y relatos bélicos.²⁵

Lógicamente coexistieron diferentes perspectivas sobre la guerra dependiendo de la desilusión o el éxito individual en los años posteriores, o de la tendencia política de los excombatientes, que condujeron a formas diferentes de representar la participación en estas contiendas. Algunos habían vivido los horrores de las campañas egipcia, española o rusa, siendo especialmente las dos últimas un clásico de las memorias napoleónicas.²⁶ Otros miraban al pasado con nostalgia acerca de su estancia en Italia o Alemania, mientras que algunos simplemente echaban de menos a sus camaradas. Sin embargo, una constante es que cuandoquiera que Napoleón aparece en estas memorias, siempre es entre gritos de "Vive l'Empereur!". Sea como fuere, otros, como François Bernoyer, que sobrevivió tanto a Egipto como a Siria, culpaban a la ambición de Napoleón por las calamidades que sus camaradas y él tuvieron que soportar, y se consideraba una víctima "dedicada a satisfacer los proyectos infantiles de los de arriba que, mientras saciaban sus enormes ambiciones, no se daban cuenta de sus numerosas víctimas".²⁷ Ninguno de ellos, empero, intentó capturar el contexto histórico o entender, en primer lugar, por qué

²⁴ Janet S.K. WATSON: *Fighting Different Wars...*, p. 3, y más generalmente sobre la publicación en la época de posguerra, pp. 185-218, argumenta que las historias reflejan los mecanismos de la "sociedad en la cual se escribieron" y pueden, por ende, actuar como "lugares para [albergar] debates culturales".

²⁵ Véase aquí Philip DWYER: "Public Remembering, Private Reminiscing".

²⁶ De hecho, la campaña rusa permaneció en la memoria europea de formas en las cuales las otras campañas no lo hicieron, en parte debido a que involucró a muchas nacionalidades, en parte por la naturaleza épica del conflicto, y en parte porque, pese a las enormes pérdidas en vidas humanas, fue, de lejos, de la que más escribió de entre todas las campañas. Claus SCHARF: "Die Geschichte der Zerstörung Moskaus 1812' von Anton Wilhelm Nordhof. Eine Einführung", en Anton Wilhelm NORDHOF: *Die Geschichte der Zerstörung Moskaus im Jahre 1812*, Múnich, Harald Bolt Verlag im R. Oldenbourg Verlag, 2000 [editado por y con introducción de Claus Scharf y Jürgen Kessel], p. 21.

²⁷ François BERNOYER: *Avec Bonaparte en Égypte et en Syrie: 1798-1800*, Abbeville, Les Presses Françaises, 1976, p. 50.

las guerras tuvieron lugar –una observación que es igualmente válida para las memorias de los generales y de los hombres de estado–, y muy pocos se preguntaron si realmente había valido la pena.

La acción –marchar, saquear, combatir, avanzar y retroceder– domina las narraciones y, junto con el tedio de la vida campamental, se entremezclan las terribles vivencias de la campaña –masacres y atrocidades cometidas por ambos bandos– grabadas en la psique de los soldados.²⁸ Pese a ello, no hay un proceso de auto-descubrimiento por parte de los autores en estas memorias, que es el elemento distintivo de los relatos de guerra del siglo XX.²⁹ De hecho, aún no comprendemos por completo el camino que conduce del campesino al soldado, o de la niñez a la madurez. Muy pocas memorias abordan la vida del autor anterior o posterior a su paso por el ejército, y si lo hacen consiste generalmente en relatos someros de no más de unos pocos capítulos a lo sumo, sirviendo como prefacio de lo que está por venir, una yuxtaposición a la vida del soldado.³⁰ Consecuentemente, el lector es arrojado al corazón de la guerra casi desde el mismo comienzo.

A ese nivel, las memorias son comparables con las narraciones bélicas del siglo XX; se centran en lo que los hombres hicieron en la guerra y, en menor medida, en lo que la guerra hizo a los hombres.³¹ Las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas generaron una reacción diferente a lo visto hasta entonces por parte de los veteranos, en la medida en que estos escribieron acerca de sus experiencias, de lo que pensaban, y (en ocasiones) del punto hasta el que esas experiencias les marcaron. Cojamos, por ejemplo, la siguiente descripción acerca de las dificultades inherentes a la campaña, escrita por el Capitán Jérôme Laugier, que combatió en Italia y Alemania durante las Guerras Revolucionarias:

Dormir al raso durante tres meses, avanzar a marchas forzadas, comer alimentos duros, sufrir el calor, el frío, el hambre y la sed, eso son dificultades físicas. Ver el campo devastado, casas quemadas, los lugareños reducidos a la mendicidad y la desesperación; en los días de batalla, estar obligado a salvaguardar la propia vida y la propia nación matando al prójimo, ver junto a un cuerpo desconocido el de un amigo y un compatriota, gemir desde lo profundo del corazón a la vista de toda esta maldad, eso es el sufrimiento de mi alma³².

²⁸ Sobre el predominio de masacres y atrocidades en estas memorias véase Philip DWYER: “‘It Still Makes me Shudder’: Memories of Massacres and Atrocities during the Revolutionary and Napoleonic Wars”, *War in History*, 16 (2009), pp. 381-405.

²⁹ Yuval Noah HARARI: *Renaissance Military Memoirs...*, pp. 131-132.

³⁰ Ejemplos de esto serían el capítulo inicial de Auguste-Julien BIGARRÉ: *Mémoires du Général Bigarré, 1775-1813*, París, Editions du Grenadier, 2002, en las que relata su vida en Bretaña en los albores de la Revolución y su ingreso en la Guardia Nacional; o los primeros capítulos de Elie KRETTLY: *Souvenirs historiques du capitaine Krettly*, París, Nouveau Monde, 2003, donde narra su vida antes de la Revolución. Una de las excepciones podemos encontrarla en Jean-Roch COIGNET: op. cit., pp. 25-76, que tiene toda una sección dedicada a su vida anterior.

³¹ Samuel HYNES: *The Soldier's Tale...*, pp. 23 y 25.

³² Jérôme LAUGIER: op. cit., p. 111. De nuevo en Laugier, p. 97, podemos encontrar una descripción de las duras condiciones vividas durante la primera campaña italiana: “Hacía muchísimo calor”, recordaba

Es interesante la frecuencia con la que los excombatientes subrayaban el sufrimiento que habían tenido que soportar, así como el sufrimiento que se iban encontrando por el camino. Esta centralidad del dolor y la muerte buscaba crear un lazo afectivo entre el soldado y el lector.³³ No se hacía para inspirar piedad o empatía por los excombatientes, aunque siempre hubo un elemento en este sentido –mirad los sacrificios que hemos hecho por la *patrie*–, sino para dar al lector una mejor *impresión* de un acontecimiento concreto. Para algunos fue el hecho de que un soldado tuviese que beber de un arroyo teñido de rojo por la sangre de muertos y heridos, o para otros que llovía tanto que era imposible disparar el mosquete, o contar cómo de mal lo habían pasado con las liendres, u observar los estragos producidos por las balas de cañón durante un bombardeo.³⁴ Para otros era un determinado momento en el tiempo, el que les impactaba por su carácter fortuito. Un superviviente de la campaña de Rusia, por ejemplo, narraba cómo un oficial de caballería desmontó durante la batalla para coger un trozo de papel que su general había dejado caer, y en el momento de agacharse vio cómo una bala de cañón atravesaba el pecho de su caballo.³⁵ De esta forma, la historia se reducía a una colección de detalles, a menudo personales e íntimos. Fragmentos que una vez fueron parte de la experiencia personal de un individuo se convirtieron, así, mediante el proceso de su escritura, en parte de una narrativa nacional.

II.

Estos ‘fragmentos de Historia’ se entretrejen en una tendencia narrativa más extensa que enfatiza el horror de la guerra. Aunque las memorias del siglo XIX están aún algo lejos de lo que Samuel Hynes definiese como el “campo de batalla gótico” característico de las narraciones bélicas modernas,³⁶ muchas están, empero, repletas de descripciones de pillaje, saqueo indiscriminado, violación y asesinato, y de innumerables pueblos arrasados, por poner un ejemplo. Necesariamente, el combate conforma un componente muy significativo de algunas memorias (aunque no todos los soldados lucharon en lo que puede considerarse como las ‘clásicas’ batallas napoleónicas en los principales campos de acción). La primera vez que los hombres contemplaban la muerte y la destrucción en el campo de batalla es algo que ocasionalmente aparece reflejado en las memorias, pero no tan a menudo como podría pensarse. Un recluta suizo llamado Jean-Louis Rieu, por ejemplo, admitía que “el primer miembro que vi amputado por una bala de cañón me causó una impresión muy desagradable”, y hubiese preferido estar fuera del rango de

durante un día de marcha por la carretera hacia Lonato, en la campaña veneciana. “No había comida salvo unas pocas mazorcas de un maíz apenas maduro. A las nueve de la noche todavía no había comido, y no me quedaban reservas de la ración de pan del día anterior. Entonces aprendí que la sed era mucho más difícil de sobrellevar que el hambre, y que cuando no se come en cuando más sediento se está. Bebí de todos los arroyos sin lograr calmar mi sed y sentí que el agua me ayudaba más bien poco.”

³³ Thomas W. LAQUEUR: “Bodies, details, and the humanitarian narrative”, en Lynn HUNT (ed.): *The New Cultural History*, Berkeley, University of California Press, 1989, pp. 176-204.

³⁴ François LAVAUX: *Mémoires de Campagne (1793–1814)*, París, Arléa, 2004, pp. 84, 85 y 106; Louis-Joseph WAGRÉ: *Souvenirs d'un caporal: 1808–1809*, París, E. Paul, 1902, p. 285.

³⁵ Eugène LABAUME: op. cit., p. 149.

³⁶ Samuel HYNES: *The Soldier's Tale...*, p.26.

alcance de los disparos enemigos.³⁷ Mucho más frecuentes son las descripciones del resultado o las consecuencias de la batalla. Alexandre de Charon visitó el campo de batalla el día después de Borodino, a lomos de un caballo; era la primera vez que contemplaba esa “horrible visión”: “Qué espectáculo tan espantoso son los muertos y la muerte; hombres, caballos, y armas se amontonaban por aquí y por allá. Me marché rápidamente...”³⁸ Tras la batalla de Friedland, que terminó sobre las once de la noche del 14 de junio de 1807, el Coronel Louis-Florimond Fantin des Odoards, que comandaba un regimiento de infantería, tuvo que pasar la noche en un campo empapado de sangre, intentando dormir, apoyándose en un caballo muerto que hacía las veces de almohada.

Estaba abrumado por el sueño y la fatiga, pero no podía dormir... Esperé hasta el amanecer, repasando los acontecimientos en mi cabeza, y pensando en los amigos de los que me habían privado. Solo un sordo o una persona carente de toda sensibilidad hubieran podido dormir en medio del funesto sonido que, a nuestro alrededor, emitían los desafortunados heridos cuyos gemidos se llevaban el viento y el silencio de la noche³⁹.

En el calor del momento, escribía Fantin des Odoards, el individuo era capaz de transformarse en un asesino brutal, pero a la fría luz del día, cuando podía ver las consecuencias de matar en el campo de batalla, “maldecía la guerra y sus autores y, sin osar admitirlo, sentía remordimientos por estar entre los instrumentos pasivos de tales horrores”.⁴⁰ Victor Dupuy describía un incidente durante la campaña de 1809 cuando tuvo que pasar por el pueblo de Elersberg, en Austria, donde el ejército austriaco había intentado escapar de un ataque de la división del General Michel-Marie Claparède:

Durante el combate, muchos de los heridos se refugiaron en las casas. Las bombas austríacas incendiaron el pueblo; ninguna vivienda se libró. Los infelices que se había refugiado allí murieron sin que nadie les pudiese ayudar y, conforme avanzaba por la ciudad, podían verse todavía en las calles, en los patios e incluso dentro de las casas que habían sido totalmente abiertas. los cuerpos podridos medio consumidos por el fuego⁴¹.

Algunos veteranos, antes que intentar apartar la mirada al lector, lo conducían obstinadamente hacia la masacre, posiblemente para impresionarle o despertar su interés

³⁷ Jean-Louis RIEU: *Mémoires de Jean-Louis Rieu*, Génova, s.n., 1910, p. 154. Otros ejemplos pueden encontrarse en Nicolas MARCEL: *Campagnes en Espagne et au Portugal: 1808–1814*, París, Editions du Grenadier, 2003, p. 11; Jean-Michel CHEVALIER: *Souvenirs des guerres napoléoniennes*, París, Hachette, 1970, p. 66.

³⁸ Robert DE VAUCORBEIL: “Mémoires inédits d’Alexandre de Cheron sur la campagne de Russie”, *Revue de l’Institut Napoléon*, 140 (1983), p. 33.

³⁹ Louis-Florimond FANTIN DES ODOARDS: *Journal du général Fantin des Odoards, étapes d’un officier de la Grande Armée, 1800–1830*, París, E. Plon, 1895, p. 114.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 328.

⁴¹ Victor DUPUY: *Souvenirs militaires de Victor Dupuy, chef d’escadrons de hussards, 1794–1816*, París, Calmann Levy, 1892, p. 121.

con testimonios gráficos sobre aquel horror. Un ejemplo es el relato del oficial Joseph de Naylies. El 18 de febrero de 1808 pasó por un pueblo en Galicia⁴², cuyos habitantes habían combatido a los franceses con funestas consecuencias:

Al pie de los muros de aquel pueblo contemplé una espantosa escena de los odiosos efectos de la guerra. Entre una pila de cadáveres, desnudos y desfigurados, vi a dos mujeres. Una, de mediana edad, que tenía un mosquete junto a ella, llevaba una cartuchera y un sable de infantería; su cara y labios estaban ennegrecidos por la pólvora, indicativo de que había luchado durante mucho rato y de que había disparado muchos cartuchos. La otra, completamente desnuda, no aparentaba más de diecisiete años. El horror de la muerte no había alterado su belleza, que había conservado su frescura. La primera había muerto por un disparo en el pecho luchando en las filas gallegas. La segunda había corrido hacia las riendas de un oficial a caballo, acometido por numerosos campesinos, y había recibido un sablazo que le había abierto la cabeza⁴³.

La mezcla de horror y sexualidad es un tropo muy común en las memorias de guerra pese a que había límites, tanto auto-impuestos como por la voluntad de no romper las convenciones sociales. El mismo Joseph de Naylies evitó, en cierto momento, entrar en detalles sobre las exacciones cometidas por una campesina española contra el cuerpo de un oficial francés.⁴⁴

Al final de la campaña en Polonia en 1807, y después de que la paz de Tilsit se hubiese firmado, el regimiento de cazadores de Victor Dupuy fue enviado al pequeño río Pilica, en la Galicia austríaca. En su camino hacia allí, fue testigo de:

pueblos enteros cuyos habitantes había perecido en sus casas y en los que no había un alma viviente. El aire era pútrido debido al olor de los cadáveres. Nos obligaron a acampar en mitad de sembrados en los que la cosecha madura estaba bajo nuestros pies. Atravesando un pueblo, cerca de Ortelsburg, muerto de sed, entré en una casa buscando algo de agua. No vi nada más que muerte, cadáveres en descomposición y me marché horrorizado⁴⁵.

Se deja a discreción del lector el quién pudo haber sido responsable de estas muertes, pero esa no es la clave de la descripción, sino que es simplemente subrayar cuán desagradable puede llegar a ser la guerra. Sin embargo, muy pocos veteranos reflejaron realmente la devastación dejada a consecuencia del paso del ejército. Uno de los relatos más conocidos de estas guerras, el de Elzéar Blaze, fue una excepción. Admitió sin pu-

⁴² N. del T.: el autor se refiere a la Galicia española. No confundir con la región del Este europeo, creada administrativamente por el Imperio Austríaco y en aquel momento perteneciente a este.

⁴³ Joseph-Jacques DE NAYLIES: *Mémoires sur la guerre d'Espagne, pendant les années 1808, 1809, 1810 et 1811*, París, Magimel, Ancelin et Pochard, 1817, p. 67.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 94.

⁴⁵ Victor DUPUY: *op. cit.*, p. 93.

dor hasta qué punto las tropas tenían que vivir del terreno –“no era posible de otra forma: nuestras rápidas marchas impedían que los suministros pudieran seguirnos”–, pero especialmente el desperdicio que ello implicaba cuando las tropas mataban todo, se bebían todo y cogían todo lo que tenían a la vista.⁴⁶

III.

Por tanto, la muerte es omnipresente en todas las memorias y, en mayor o menor medida, sus concomitantes dolor y tristeza. La muerte se presentaba bajo muchas formas, y no se remitía a las descripciones de camaradas caídos en la batalla o a relatos de campesinos que sufrían a manos de los saqueadores. La clave, parece ser, era el llevar a casa la dura realidad de la guerra. Una forma particularmente interesante de hacer esto era mostrar cómo los individuos, más que continuar sufriendo las adversidades y privaciones de la campaña, y lógicamente llevados al límite de su resistencia, simplemente elegían poner fin a todo aquello. Es un fenómeno que rara vez se menciona, si se hace, en las historias de guerra modernas, y que es difícil de comprender con un mínimo de precisión, en parte porque los contemporáneos tan solo mencionan los suicidios, sin ofrecer ninguna explicación. Incluso aunque hay complejos vínculos entre las tradiciones literaria y estética a la hora de representar la muerte y los ‘suicidios heroicos’, no encontramos aquí el mismo fenómeno. Al contrario, los informes sobre suicidios, por lo general, fueron censurados en los periódicos.⁴⁷ Sin embargo, estas muertes eran frecuentes si nos basamos en los relatos de los veteranos. El método de suicidio podía variar desde soldados que se disparaban a sí mismos en la cabeza, a cortarse las gargantas, arrojarse a ríos o por ventanas desde los pisos superiores de los edificios. Para algunos, morir era, en todo caso, preferible a seguir viviendo.

En Egipto, el Capitán Joseph-Marie Moiret refería algunos de estos casos⁴⁸. Después de desembarcar, y durante el recorrido a marchas forzadas a través del desierto hacia Damanhur, un oficial llamado Saintine apuntaba que:

Un sombrío silencio mezclado con suspiros y quejas dominaba a la tropa. De cuando en cuando, sucumbiendo al calor y a la necesidad, un soldado se paraba como asfixiado, y se desplomaba en medio del camino. Otros, presas

⁴⁶ Elzéar BLAZE: *La vie militaire sous l'empire; ou, Moeurs de la garnison, du bivouac et de la caserne*, 2 vols., París, Moutardier, 1837, I, pp. 44-46.

⁴⁷ André CABANIS: *La Presse sous le Consulat et l'Empire*, París, Société des Études Robespierristes, 1975, pp. 224-245. Sobre el suicidio en la Francia prerrevolucionaria véase Jeffrey MERRICK: “Suicide and Politics in PreRevolutionary France”, *Eighteenth-Century Life*, 30 (Primavera 2006), pp. 32-47. Algunos ejemplos de testimonios contemporáneos incluye Jean-Nicolas-Auguste NOËL: *With Napoleon's Guns: The Military Memoirs of an Officer of the First Empire*, Londres, Greenhill Books and Stackpole Books, 2005, p. 138; Charles FRANÇOIS: *Journal du capitaine François, dit le dromadaire d'Égypte, 1792-1830*, París, Tallandier, 2003, p. 676 (1 de noviembre de 1812). No hay estudios sobre este fenómeno para las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas, o para el suicidio entre los veteranos durante la Restauración. Fue, empero, un fenómeno que se dio en todos los ejércitos del periodo.

⁴⁸ Joseph-Marie MOIRET: *Memoirs of Napoleon's Egyptian Expedition, 1798-1801*, Londres, Greenhill Books, 2001, p. 51; *Correspondance de l'armée française en Égypte, interceptée par l'escadre de Nelson, publiée à Londres*, París, Garnery, 1799, p. 175; Pierre-François-Xavier BOYER: *Historique de ma vie*, 2 vols., París, La Vouivre, 1999, i, p. 36.

de una fiebre cerebral [*un transport au cerveau*], rodaban compulsivamente en la arena o, en un delirio, se volaban los sesos⁴⁹.

En 1806, en Polonia, después de la campaña de Jena, caminando arduamente a través del fango hacia Pultusk, las condiciones eran tan malas que:

Teníamos que agarrarnos una pierna, tirar de ella como si de una zanahoria se tratase, y volver a por la otra, sujetarla con ambas manos, y hacerle dar un paso también... Los mayores empezaban a perder la esperanza. Hubo algunos que en el curso de su sufrimiento se suicidaron⁵⁰.

En España, los soldados que estaban demasiado débiles para permanecer con el grueso de las tropas y que se caían al borde del camino a veces preferían quitarse la vida antes que ser capturados vivos por los campesinos o las guerrillas españolas.⁵¹ En 1812, de camino a Rusia, incluso antes de que el ejército hubiese cruzado el Niemen, las condiciones eran tan malas que “muchos hombres” se dispararon a sí mismos.⁵² En la retirada de Moscú, concretamente en Smolensk, un oficial que había perdido la pierna por una bala de cañón cogió una pistola e intentó dispararse en la cabeza. Falló en su primer intento, erró el tiro; entonces se arrastró por el suelo hasta que consiguió encontrar otro cartucho. A la segunda acertó.⁵³ Durante la campaña de Alemania de 1813, en un pueblo situado entre Autzenau y Hanau, un soldado herido se lanzó desde la ventana de un primer piso para así poner fin a su sufrimiento.⁵⁴ Inmediatamente después de la batalla de Waterloo, antes que rendirse, algunos prefirieron suicidarse, posiblemente por un sentimiento de desesperación al haber caído derrotados.⁵⁵

Por norma general, la muerte y el sufrimiento eran descritos sin emoción, casi como si fuesen algo aceptado como parte de la vida militar. De igual modo, el dolor y la pena, si acaso se expresaban, siempre se narraban de forma implícita. Hay diversas explicaciones posibles para esto: pudo no haber sido considerado como algo ‘masculino’,

⁴⁹ X.-B. SAINTINE (ed.), *Histoire de l'expédition française en Egypte*, 3 vols., París, A.-J. Dénain et Delamare, 1830, I, p. 164.

⁵⁰ Jean-Roch COIGNET: op. cit., p. 169-70.

⁵¹ Dezydery CHLAPOWSKI: *Memoirs of a Polish Lancer: The Pamietniki of Dezydery Chlapowski*, Chicago, Emperor's Press, 1992, p. 47 [traducido por Tim Simmons]

⁵² Jakob WALTER: *The Diary of a Napoleonic Foot Soldier*, Moreton-in-Marsh, Weidenfeld & Nicolson, 1997, pp. 40-41.

⁵³ Louis GARDIER: *Journal de la Campagne de Russie en 1812*, París, Teissèdre, 1999, p. 63. Para otros ejemplos de suicidios durante la campaña rusa véase Louis-François LEJEUNE: *Mémoires du général Lejeune, 1792-1813*, París, Editions du Grenadier, 2001, p. 432; Jakob WALTER: op. cit., p. 40; Karl Friedrich Emil VON SUCKOW: *D'Iéna à Moscow. Fragments de ma vie, par le colonel Suckow de l'armée wurtembergeoise*, París, Plon-Nourrit et Cie, 1901, p. 156 [traducido por el Comandante Veling]; Henri DUCOR: *Aventures d'un marin de la Garde impériale, prisonnier de guerre sur les pontons espagnols, dans l'île de Cabrera et en Russie*, 2 vols., París, A. Dupont, 1833, i, p. 310; Henri-Pierre EVERTS: “Campagne et captivité de Russie (1812-1813), extraits des Mémoires inédits du général-major H. P. Everts”, en *Carnets et journal sur la campagne de Russie*, París, Teissèdre 1997, p. 127.

⁵⁴ Jean-Baptiste BARRÈS: *Souvenirs d'un officier de la Grande Armée*, París, Editions du Grenadier, 2002, p. 157.

⁵⁵ Fleury DE CHABOULON: *Les Cents Jours. Mémoires pour servir à l'histoire de la vie privée, du retour et du règne de Napoléon en 1815*, 2 vols., Londres, Roworth, 1820, ii, p. 188.

por ejemplo, el expresar las emociones propias en el relato, al menos no de la forma abierta a la que el lector está habituado en las memorias de guerra del siglo XX. Es posible que el soldado del siglo XVIII no siempre dispusiese del lenguaje adecuado para describir sus sentimientos personales.⁵⁶ Más aún, es posible que dado que la gran mayoría de las memorias fueron escritas por oficiales jóvenes que procedían de entre la tropa, tomando probablemente aspectos de la cultura de guerra aristocrática, la “textura de la experiencia y los sentimientos individuales” no importase.⁵⁷

Todas estas explicaciones son válidas, y variaban de un soldado a otro. A decir verdad, la elitista sociedad del siglo XVIII ponía un gran énfasis en la apariencia y el autocontrol, incluso ante un sufrimiento y una adversidad increíbles. Había una tendencia a reprimir las emociones y a ocultar ante otros lo que uno realmente pensaba y sentía, especialmente en el seno de la sociedad aristocrática. Puede asumirse que esta actitud, transmitida posiblemente de los oficiales a los soldados, también permeó la palabra escrita. Era un tipo de masculinidad de esperar en un soldado francés; se le requería el permanecer estoico frente al dolor y al sufrimiento. Coignet recuerda cómo, en la batalla de Eylau, una bala de cañón le amputó la pierna a un sargento de intendencia; este, supuestamente, se quitó la piel sobrante y bromeó, “tengo tres pares de botas en Courbevoie; van a durarme mucho tiempo”.⁵⁸ Cogió dos mosquetes y usánodolos a modo de muletas se fue cojeando hacia retaguardia. De forma similar, durante la batalla de Bautzen, un veterano, gravemente herido por una bala de cañón, se dice que cogió su cuchillo y cortó las tiras de piel que mantenían la pierna unida a su cuerpo, encendió su pipa y exclamó “Vive l’Empereur”.⁵⁹

Estas anécdotas –y una vez más merece la pena reiterar que importa poco si son verdad o no– pretenden resaltar el coraje del soldado francés. De esta forma complementan la falta de emoción que encontramos, a menudo, cuando se enfrenta el horror de la campaña. Durante el asedio de Jaffa en 1798, una bala de cañón de un navío inglés aterrizó entre un grupo de soldados franceses, matando a tres sargentos mayores y desmembrando a otros dos. El Sargento François, que estaba en dicho grupo, recordaba posteriormente que los sesos de uno de sus mejores amigos le salpicaron toda la cara.⁶⁰ Sin embargo, no mencionó en su relato si el episodio le afectó o no. Este tipo de descripciones puramente factuales, que yuxtaponen las terribles imágenes de la batalla por una parte y la falta de sentimiento por otra, son frecuentes en las memorias de guerra del periodo, independientemente de la nacionalidad de su autor.⁶¹ El Sargento Bourgoigne describe una episodio durante la batalla de Krasnóe en Rusia, en noviembre de 1812, cuando un camarada llamado Beloque fue alcanzado en la cabeza por un disparo, mu-

⁵⁶ A este respecto, Forrest (*Napoleon’s Men...*, p. 32), ha sugerido que “estaban asqueados por todo aquel horror: el relincho aterrorizado de los caballos heridos, el olor a carne quemada y excrementos, los gemidos de los moribundos, aspectos del campo de batalla que ellos, como los soldados de la Guerra Civil que los habían seguido, no se habían querido llevar consigo a casa.”

⁵⁷ David A. BELL: *The First Total War: Napoleon’s Europe and the Birth of Warfare as We Know It*, Boston, Houghton Mifflin, 2007, pp. 41-44.

⁵⁸ Jean-Roch COIGNET: op. cit., p. 174.

⁵⁹ Jean-Louis RIEU: op. cit., p. 162.

⁶⁰ Charles FRANÇOIS: op. cit., p. 314 (20 de mayo de 1799).

⁶¹ Véase, por ejemplo, el Teniente Hugh Wray en Waterloo en John KEEGAN: *The Face of Battle*, Londres, Jonathan Cape, 1976, p. 160-161.

riendo inmediatamente. Bourgogne simplemente destacaba cómo, pese a la indiferencia general respecto a la muerte y al morir que había acabado por dominar a los hombres que se retiraban de Moscú, se sentía “apenado (*regreté*) por sus compañeros”.⁶² En otro pasaje relata cómo atravesó una posición que había sido ocupada por los *Fusilier-Chasseurs*, en la que vio a muchos de sus amigos tirados en la nieve, muertos y horriblemente mutilados por la metralla, incluyendo a un hombre llamado Capon, “uno de mis mejores amigos”.⁶³ Pero no hay ni rastro de la aflicción o sensación de pérdida que podría haber sentido; simplemente lo menciona, casi como si eso fuera suficiente para recordar a un camarada caído.

Si las imágenes acerca de la experiencia de guerra son más frecuentes para este periodo que para cualquier guerra precedente, los silencios en torno a la muerte, la pérdida y el sufrimiento son reveladores. Para los excombatientes, de hecho, era poco habitual recordar el haber llorado por un camarada o porque se hubieran visto abrumados por su propia situación extrema, aunque se encuentran menciones al llanto en algunas de las cartas.⁶⁴ No es que existiese una incapacidad de llorar o de sentir pena, sino que lo que se da es una evidente imposibilidad o renuencia a expresar dolor y aflicción sobre el papel. Algunos memoristas habrían obviado lo que vieron, o desviado los ojos en un sentido tanto literal como metafórico. Etienne-Maurice Deschamps, cuando vio por primera vez cadáveres frente a la ciudad de Ulm, comentaba que “Una profunda aflicción se apoderó de mí. Sin embargo, solo duró un segundo. Agarré las riendas que había soltado y continué por nuestra ruta, intentando desviar la mirada”.⁶⁵ El Sargento Bourgogne relata un incidente en el que él y sus camaradas, en la retirada de Moscú, echaron a un grupo de hombres de una iglesia ortodoxa para poder refugiarse allí durante la noche. A la mañana siguiente, encontraron a los hombres congelados en la parte exterior de la iglesia. “Pasamos al lado de los cadáveres sin decir ni una palabra... Habíamos llegado a tal punto que éramos completamente indiferentes al más trágico de los eventos”.⁶⁶

La disociación ante el sufrimiento que les rodeaba era, sin lugar a dudas, un mecanismo para sobrellevar la pérdida y el dolor, y es mencionado con frecuencia como tal por los supervivientes de las campañas particularmente duras.⁶⁷ La omisión es, por ende, una forma de lidiar con la muerte y el sufrimiento; en ese sentido, uno no tenía que confrontarlos frente a frente y podía crear una realidad más soportable. Pero también se ha de tener en cuenta que los hombres estaban tan acostumbrados a la muerte, al morir y al sufrimiento que se habían vuelto inmunes a todo ello. Un buen número de memoristas

⁶² Adrien BOURGOGNE: *Mémoires du sergent Bourgogne*, París, Arléa, 1992, p. 112.

⁶³ *Ibidem*, p. 120.

⁶⁴ Véase, por ejemplo, Hubert Perrin a la Condesa Lobau en Emmanuel DE WARESQUIEL (ed.): *Lettres d'un Lion. Correspondance inédite du général Mouton, comte de Lobau (1812-1815)*, París, Nouveau Monde, 2005, p. 127 (23 de mayo de 1813), llorando por la muerte de Duroc en la batalla de Bautzen. Fue mucho más común para un soldado el ponerse a llorar en reuniones con camaradas o por la crisis de Napoleón (o Francia), al menos en las memorias. Véase, por ejemplo, Elie KRETTLY: *op. cit.*, pp. 120-121, 140 y 144.

⁶⁵ Etienne-Maurice DESCHAMPS: *Souvenirs militaires, perceptions sous la Restauration, songe, etc.*, Pontarlier, Vve Faivre, 1835, p. 30.

⁶⁶ Adrien BOURGOGNE: *op. cit.*, 128.

⁶⁷ Pueden mencionarse un buen número de ejemplos. Véase *Ibidem*, pp. 76-77 y 79.

mencionan hasta qué punto se habían vuelto indiferentes. Esto es particularmente notorio en las memorias que abordan la campaña de Rusia. Así Bellot de Kergorre, un comisario de guerra, relata un episodio sobre la retirada de Moscú, cuando una mañana (8 de diciembre de 1812) se levantó para encontrarse a quince personas que, sentadas alrededor de un fuego, habían perecido durante la noche. Estaban todos muertos, congelados en las posiciones en las que se habían dormido. “Los miramos con esa indiferencia a la que conduce un exceso de miseria”.⁶⁸ Eugene Labaume, refiriéndose también a la retirada de Moscú, recordaba cómo:

Podían oírse los lamentos de los moribundos por todas partes y las voces lastimeras de aquellos que habían sido abandonados. Pero la gente estaba sorda ante sus gritos, y si uno se aproximaba a ellos cuando estaban a punto de morir, era para desnudarlos y ver si tenían algo de comida⁶⁹.

La misma disociación puede hallarse en descripciones de la batalla o de los resultados de la misma. Después de Eylau, el General Jules-Antoine Paulin intentó encontrar alojamientos en la ciudad:

¡En qué desagradable y horrible desastre se encontraba aquella desafortunada ciudad, saqueada y medio calcinada! Las calles estaban literalmente pavimentadas con cadáveres y los trozos de restos humanos permanecían medio enterrados en el fango, aplastados por el continuo transitar de cañones y caballería y pisoteados por masas de infantería. Heridas verdes en forma triangular producidas por bayonetazos; cuerpos azules y abotargados, aplastados, que habrían puesto de punta los pelos de las cabezas más insensibles. Los heridos, rusos o franceses, todos mezclados, los abatidos lugareños, demacrados, extremadamente hambrientos, llorando sobre los escombros de sus casas, formaban la escena más emotiva que uno pueda imaginarse. Y junto a estos horrores puede hallarse una falta de preocupación nacida del hábito de contemplar espectáculos similares. Los individuos iban y venían, atendían a sus negocios, buscando provisiones para sus hombres, para sus caballos y para ellos mismos⁷⁰.

La explicación que siempre se da para esta indiferencia, especialmente en testimonios sobre la retirada de Moscú, tiene que ver con el egoísmo. Los recuerdos de Gaspard Ducque sobre la campaña rusa pretendían ser una suerte de testimonio colectivo para todos aquellos que habían compartido el sufrimiento y vivido los mismos peligros, deteniéndose además en el impacto que la retirada tuvo en el individuo:

⁶⁸ Alexandre Bellot DE KERGORRE: *Journal d'un commissaire des guerres pendant le Premier Empire (1806–1821)*, París, X, 1997, p. 84.

⁶⁹ Eugène LABAUME: op. cit., p. 346.

⁷⁰ Jules-Antoine PAULIN: *Les Souvenirs du general Bon Paulin (1782–1876)*, París, X, 1895, p. 51.

El egoísmo sustituyó a la camaradería, los grupos se rompieron, y en vez de pequeñas asociaciones en las que cada uno contribuía con su parte al interés común, no había sino esfuerzos aislados e individuales... desde la llegada del gran frío el 3 de diciembre ya no hubo más amigos, ni existía la hermandad de armas, ni ningún tipo de sociedad o lazos. Los excesos de maldad habían agotado a todo el mundo... El brutal instinto de conservación era nuestra única meta, el hambre voraz nos había reducido a nuestros caracteres y a los recursos que nos habíamos podido procurar. Los fuertes se aprovechaban de los débiles y despojaban de sus ropas a los moribundos, a menudo sin esperar a que exhalasen su último aliento⁷¹.

Los que sobrevivieron a la retirada de Moscú llevaron, invariablemente, su sufrimiento como un distintivo honorífico, enfatizando los sacrificios que tanto sus camaradas como ellos habían hecho por Francia. El Conde de Mailly, alférez de los *Carabniers à Cheval*, educado y elocuente, evocaba a la perfección durante su retiro como podría haber sido la retirada de Moscú:

Imagínese entonces esa multitud armada, desarmada; vestida, al desnudo; adornada con una amplia variedad de atuendos que había sido fabricados y heredados después de una muerte. Imagínese entonces, si se puede, miles de esos pobres hombres a caballo pero más a menudo a pie; carretas llenas de soldados heridos de todas las naciones, prisioneros, vagones llenos de botín, cañones, arcones de municiones, mosquetes, lanzas, carros hechos pedazos, trenes de artillería abandonados, caballos destripados y otros que parecían deambular tristemente esperando su final. Imagínense detenidamente todos esos desastres en medio de una helada septentrional, añádasele calor a la escena por los enormes incendios de los pueblos, confiérasele movimiento por las cargas de los tártaros, y rómpase la monotonía funeral de este convoy por el fuego de la artillería y los gritos de los cosacos. Finalmente, una vívida y fértil imaginación podrá inventar el más prodigioso de los accidentes en el camino de tan gran ejército, en una tierra desolada y bajo un cielo glacial, y entonces quizá podrá formarse una idea de la retirada del ejército francés en Rusia tras la marcha de su líder⁷².

Mailly no describe un momento particular en el tiempo sino, más bien, una amalgama de imágenes y escenas de las que indudablemente había sido testigo pero que, aparentemente, unió a modo de collage para el lector. Al hacer esto, él, sin darse cuenta, da en el clavo de lo que, con frecuencia, los memoristas hicieron, y al mismo tiempo de lo que se exigía al lector, el uso de la imaginación para representar las condiciones bajo las cuales estos hombres vivieron y combatieron. Un recurso literario más probable de

⁷¹ Gaspard DUCQUE: *Journal de marche du sous-lieutenant Ducque*, París, La Vouivre, 2004, p. 60.

⁷² Adrien-Augustin-AMALRIC (Comte de Mailly): *Mon journal pendant la campagne de Russie, écrit de mémoire après mon retour à Paris*, París, J.B. Gros, 1841, pp. 115-116. Igualmente, B.T. DUVERGER: *Mes Aventures dans la Campagne de Russie*, París, Crapelet, 1833, pp. 14-15.

encontrar en las memorias que estaban destinadas a publicarse, escritas por gente instruida. Otras memorias, especialmente las escritas por la tropa, a menudo no eran más que una narración, con apenas comentarios y con muy poca o ninguna reflexión acerca de lo que había sucedido.

En este sentido, los memoristas, aparte de excepciones notables como las de Coignet o Bourgogne, raramente mencionan sus propias experiencias personales. Tienen más a describir escenas de las que fueron testigos.⁷³ Un ejemplo de este tipo de testimonio puede encontrarse en las memorias de Eugene Labaume cuando describe, de nuevo durante la retirada de Moscú, una escena que presencié cerca de la ciudad de Dorogobuzh, cuando una fuerte nevada comenzó a caer, cubriendo toda la campiña con un brutal manto blanco, mientras que el viento, soplando entre los árboles, inundó el bosque con un ominoso y chirriante sonido.

En medio de este sombrío horror el soldado, abrumado por la nieve y el viento que venían hacia él en un remolino, no era capaz ya de distinguir entre la ruta principal y una zanja, y con frecuencia se caía en la segunda, que actuaba entonces a modo de tumba. Los otros, con prisa por llegar, y además apenas capaces de tirar de sí mismos, mal vestidos y mal calzados, sin nada para comer ni para beber, gimiendo mientras temblaban, y sin ofrecer la mínima ayuda ni mostrar la mínima piedad a aquellos que caían exhaustos, morían en torno a sí. ¡Ah! ¡Cuánto tuvieron que luchar estos hombres, muertos de inanición, contra las punzadas de la muerte! Podía oírse cómo algunos se despedían conmovedoramente de sus hermanos, de sus camaradas; otros, mientras exhalaban su último suspiro, pronunciaban el nombre de su madre o del país en el que habían nacido. Rápidamente, la intensidad del frío se apoderaba de sus extremidades entumecidas y penetraba en sus entrañas. Tirados en la nieve, no se podía ya distinguir entre ellos y la pila de nieve que cubría sus cuerpos, y que a lo largo de toda la ruta formaba ondulaciones similares a las de los cementerios⁷⁴.

Aquí podemos ver un notable uso del recuerdo para evocar un paisaje que es ofrecido, e indudablemente aceptado, como realidad. Hay pocas dudas al respecto de que Labaume fuese un testigo de lo que describe, aunque probablemente la escena no pertenece a un momento específico, sino a una mezcla de episodios mezclados improvisadamente para representar mejor lo que vivió, una suerte de *tableau vivant* que se convierte en ‘verdad’ porque el excombatiente le dice al lector que lo fue. Ciertamente, hubo una asunción subyacente por parte de muchos veteranos de que porque habían vivido esos momentos trascendentales eran, por tanto, “verdaderos”, eran “historia”.⁷⁵ Para el lector,

⁷³ Eugène LABAUME: op. cit., pp. 299-300.

⁷⁴ *Ibidem*, pp. 299-300.

⁷⁵ Véase, por ejemplo, las observaciones iniciales en las memorias de Jean-Jacques-GERMAIN (Baron Pelet): *Mémoires sur la guerre de 1809, en Allemagne*, 4 vols., París, Roret, 1824-26, I, p. 2, en las que afirma: “Las primeras leyes de la Historia son ‘verdad’ y ‘autenticidad’: la primera de todas las garantías para la posteridad es ver la Historia escrita y debatida ante la presencia de sus contemporáneos”.

empero, la verdad residía en el detalle, y en las meticulosas descripciones de la gente y los paisajes.⁷⁶

IV.

Sin embargo, sería engañoso sostener que los relatos de los excombatientes se centran únicamente por los aspectos negativos de la guerra y la campaña. En todo caso, las descripciones de muerte y sufrimiento raramente se preocuparon de las consecuencias del acto de matar, y raramente hay una manifestación de haber tomado parte en las atrocidades descritas. Aunque no es el tropo más común en estas memorias de guerra, es tan probable encontrar nociones caballerescas del soldado como descripciones de masacres y mutilaciones.

Un buen ejemplo es el relato de Georges Bangofsky sobre la ocupación francesa de Lübeck en noviembre de 1806. Bangofsky era el hijo de un comerciante de lino de la parte germanohablante de Lorena que fue reclutado en 1794 y que combatió hasta Waterloo. En un pasaje de sus memorias, que pretendieron ser publicadas, describe cómo sus camaradas y él defendieron, durante tres días y tres noches, a los residentes que había en la villa de un mercader mientras la ciudad era saqueada, ahuyentando a todos los que se acercaban para así proteger a la familia que allí vivía. Al final de aquella difícil experiencia, después de que se restableciese el orden, el comerciante abrió su bodega y sus cofres y ofreció a sus protectores todo lo que quisieran, diciendo que si no hubiera sido por ellos lo habría perdido todo, incluyendo el honor de su esposa. Siguiendo el estilo típico de estos relatos, Bangofsky y sus camaradas declinaron la oferta de pago, respondiendo que sólo habían cumplido con su deber. “Además, no necesitamos dinero. Piensa en nosotros de vez en cuando y ten en cuenta que si hay hombres en el ejército capaces de vilezas, también pueden encontrarse algunos con honor.”⁷⁷ La cuestión, aun a riesgo de ser repetitivo, no es si estos acontecimientos ocurrieron realmente. Lo que aquí importa es la representación de los soldados franceses actuando heroicamente, tanto en el campo de batalla como fuera de él, a menudo frente a obstáculos enormes. Es un tropo que repite y se remonta a los relatos del heroísmo del soldado corriente durante los primeros días de la Revolución.⁷⁸

Estos testimonios se asemejan a lo que Thomas Laqueur ha denominado como la “narrativa humanitaria” que ayuda a salvar el abismo entre autor y lector, y que sirve para crear “pasiones empáticas”.⁷⁹ Mezclado con anécdotas de tipo caballeresco, encontramos relatos sobre conquistas sexuales, que suelen jugar un papel prominente en las memorias del momento. Las historias de destreza sexual son un alarde obvio de la masculinidad del excombatiente, pero también definen la concordancia entre las relaciones

⁷⁶ Thomas W. LAQUEUR: op. cit., p. 177.

⁷⁷ Georges BANGOFSKY: “Les Étapes de Georges Bangofsky, officier lorrain. Extraits de son journal de campagnes (1797–1815)”, *Mémoires de l'Académie de Stanislas*, II (1905), pp. 272-276.

⁷⁸ Véase James A. LEITH: “Youth Heroes of the French Revolution”, *Proceedings of the Consortium on Revolutionary Europe*, 1986, p. 127; Íd.: “Nationalism and the fine arts in France, 1750–1789”, *Studies on Voltaire in the Eighteenth Century*, 89 (1972), pp. 926-927; y David A. BELL: *The Cult of the Nation in France: Inventing Nationalism, 1680–1800*, Cambridge, Harvard University Press, 2001, capítulo 4.

⁷⁹ Thomas W. LAQUEUR: op. cit., p. 179.

sexuales exitosas y el esfuerzo militar imperial: la conquista era el fin y la virilidad el medio, con lo que ese triunfo sexual de algún modo legitimaba, o al menos explicaba, la habilidad marcial.⁸⁰ Esto se repetía con frecuencia en historias de cómo los soldados ‘seducían’ a las mujeres –hijas o esposas– que ocupaban las casas donde les alojaban.⁸¹ Muchas de estas historias se rememoraban en términos románticos –el memorista sucumbía ante una de las mujeres más bellas en las que había puesto los ojos–, algunas otras como una aventura en la que tenían que ser más inteligentes que un marido caloso o, en el caso de la campaña egipcia, como una expedición en la que superaban distintas dificultades para poder acceder a un harén.⁸² Estas historias terminaban por lo general en consumación, aunque al menos en algunos casos se trataba más de mostrar cuán honorable era el soldado francés al no aprovecharse de la situación.⁸³ En otros casos –ayuda leer entre líneas– el soldado en cuestión se contenía menos y, en cierto modo, se forzaba a sí mismo en su conquista. “Dejé, durante la noche, la habitación que ella me había dado... cuando tras los reproches habituales obtuve, más que arrancándoselo, la recompensa de amor merecedora de sus encantos.”⁸⁴ En otro relato altamente idealizado, el de Louis de Montigny cuyos *souvenirs* se los dedicó al Duque de Orleans, recordaba un encuentro en Kalisch, de camino a Moscú:

[Estaba] Alojado a tres leguas de allí con la mujer de un coronel prusiano que servía en nuestras tropas, una baronesa muy guapa que decía que tenía veintinueve años. Fui recibido calurosamente... ¡Violé las leyes de hospitalidad!... ¡Pobre coronel!... ¡Oh, bah! ¡Un prusiano! Además, no fue mi culpa; estaba verdaderamente bajo asedio...⁸⁵

V.

Dadas las adversidades de la campaña y las derrotas sufridas por el ejército francés en los últimos años del Imperio, no es sorprendente que las visiones de la guerra que tenían algunos excombatientes fueran de absoluto desencanto. Tomemos, por ejemplo, la si-

⁸⁰ Michael J. HUGHES: “Making Frenchmen into Warriors: Martial Masculinity in Napoleonic France”, en Christopher E. FORTH y Bernard TAITHE (eds.): *French Masculinities: History, Culture and Politics*, Houndsmill, Palgrave-Macmilan, 2007, p. 60.

⁸¹ Véase, por ejemplo, Auguste-Julien BIGARRÉ: op. cit., pp. 117-18, 119-22 y 154.

⁸² Muchas, pero no todas las memorias de guerra, contienen una Aventura amorosa de algún tipo. Véase, por ejemplo, Jean-Roch COIGNET: op. cit., pp. 224-227; Charles-Pierre-Lubin GRIOS: *Mémoires du général Griois, 1792–1822*, 2 vols., París, Plon-Nourrit, 1909, I, pp. 261-262, quien obtuvo “besos a la fuerza” de una condesa italiana; Elzéar BLAZE: op. cit., i, pp. 276-280; Denis Charles PARQUI: *Souvenirs de commandant Parquin*, París, Tallandier, 2003, pp. 49-52, 56-63, 73-75, 79-80, 231–232, 234-236 y 305-306.

⁸³ Véase, por ejemplo, François-Frédéric BILLON: *Souvenirs: 1804–1815*, París, La Boutique de l’Histoire, 2006, pp. 42-44.

⁸⁴ *Mémoires de M. R[igade], Chevalier de la Légion-d’Honneur, officier supérieure de cavalerie, et prévôt de la Dalmatie*, Agen, P. Noubel, 1828, p. 82.

⁸⁵ Louis Gabriel MONTIGNY: *Souvenirs anecdotiques d’un officier de la Grande Armée*, París, Firmin-Didot, 1833, pp. 198-199. Otros ejemplos de conquista sexual incluyen a Charles FRANÇOIS: op. cit., p. 642 (6 y 26 de mayo de 1812); Marie-HENRY (conde de Lignièrès): *Souvenirs de la Grande Armée et de la Vieille Garde impériale. Marie-Henry, comte de Lignièrès, 1783–1886*, París, s.n., 1933, pp. 56-58, en la cual un marido pide a un oficial que duerma con su mujer para dejarla embarazada; y Nicolas MARCEL: op. cit., pp. 29-31 y 42-43.

guiente reprimenda a sus lectores de otro veterano de la campaña rusa, B.T. Duverger, que termina en una aseveración de que las condiciones de la guerra eliminaron toda noción de heroísmo:

Vosotros, que nunca habéis sentido las punzadas del hambre, vosotros, cuyos paladares nunca han estado reseco por la sed, nunca entenderéis lo que se necesita, una apremiante necesidad que, medio satisfecha, vuelve más viva e intensa. En medio de las grandiosas escenas que se desarrollaron ante mis ojos, un pensamiento dominante me angustiaba: comer y beber, esa era mi única meta, el círculo en torno al cual mi mente estaba concentrada. No había nada heroico en ello, era la más común individualidad, cruelmente bella, pero ¿qué se podía hacer?⁸⁶.

Ese tipo de sinceridad es poco frecuente entre los memoristas, pero parece que nos encontramos en los albores de una nueva aproximación a la guerra y a cómo esta se recordaba. A decir verdad, hay un hilo de desilusión que corre a lo largo de muchas (pero no todas) de estas narraciones.⁸⁷ Sin embargo, para toda la importancia que se le dio al horror asociado a la campaña, los veteranos casi nunca se pronunciaron en contra de la guerra en el modo en que entenderíamos hoy en día. Al contrario, algunos miraban atrás con un cierto grado de nostalgia y orgullo respecto a lo que habían conseguido. Así, Jean-Baptiste Barrès recordaba que, pese a haberse moderado por el dolor que le causaba la pérdida de los camaradas, “no hay un día más grande en mi vida que la tarde después de haber obtenido una gran victoria”.⁸⁸ La centralidad de las penurias de la campaña y las dramáticas consecuencias de la guerra, tanto en los civiles como en los militares, fue, con bastante probabilidad, una forma de señalar los sacrificios hechos al llevar la Revolución al resto de una Europa considerada supersticiosa, impregnada de religión y “bárbara”.⁸⁹

Por tanto, la guerra cumplía un propósito, el llevar la civilización y la Ilustración a los pueblos europeos.⁹⁰ Pero había también valores inherentes a la cultura militar de aquel tiempo que impregnaron estos relatos. Incluso aquellos que eran críticos con la Revolución y con Napoleón, incluso aquellos que no dudaban en describir los horrores de la batalla, estaba orgullosos de sus logros y, a menudo, se detenían en eventos y episodios particulares que subrayaban sus hazañas militares, a veces incluso estableciendo

⁸⁶ B.T. DUVERGER: op. cit., pp. 4-5.

⁸⁷ La gran mayoría de las memorias militares del siglo XX tienden a ser narraciones de desencanto, un tema que también puede encontrarse en periodos anteriores. Véase Yuval Noah HARARI: “Martial Illusions...”, pp. 43-72.

⁸⁸ Jean-Baptiste BARRÈS: op. cit., p. 137. Barrès hacía referencia a la batalla de Bautzen.

⁸⁹ Véase, por ejemplo, las descripciones de Calabria en Duret DE TAVEL: *Séjour d'un officier français en Calabre, ou Lettres propres à faire connaître l'état ancien et moderne de la Calabre, le caractère, les mœurs de ses habitants, et les événements politiques et militaires qui s'y sont passés pendant l'occupation des français*, Rouen, Imp. de Denugon, 1820, pp. 120-122 y 124.

⁹⁰ Un punto que ha sido subrayado por Stuart WOOLF: “French Civilization and Ethnicity in the Napoleonic Empire”, *Past & Present*, 124 (1989), pp. 96-120; y Michael BROERS: “Cultural Imperialism in a European Context? Political Culture and Cultural Politics in Napoleonic Italy”, *Past & Present*, 170 (2001), pp. 152-80.

paralelismos con “lo más heroico que ha producido la antigüedad”.⁹¹ Muchos estaban motivados por *la gloire*, un concepto difícil de definir pero que esencialmente consistía en darse uno mismo a conocer a través de alguna proeza en el campo de batalla.⁹² “¿Qué es la gloria?” preguntaba el Capitán Elzéar Blaze. “Es un boletín en el que uno es nombrado. ¿A quién mencionaban en la batalla? Diez personas de entre trescientas mil; y sin embargo cada uno había cumplido con su deber, pero no todos podían ser mencionados.”⁹³ El tono de estas memorias parecen confirmar el argumento de que los valores marciales, una vez asociados a la nobleza, estaban ahora extendidos a todas las clases sociales.

Un buen ejemplo de este tono patriótico en una memoria que, por otra parte, era hostil a Napoleón, puede encontrarse en el trabajo de Charles-Nicolas Fabvier. Fabvier hizo a Napoleón responsable de la derrota de Francia en 1814. “Durante mucho tiempo su deplorable ambición, su nefasto amor por el despotismo, allanaron el camino a todas las desgracias de Francia.”⁹⁴ Y, sin embargo, los hombres que lucharon para proteger Francia de las “hordas” que asolaban el campo son descritos con un cierto grado de amabilidad.⁹⁵ Otros excombatientes tuvieron emociones encontradas sobre las guerras, incluso aquellos que se identificaban con Napoleón y que se habían empapado de su leyenda. Jean-Nicolas Noël culpó a la ambición de Napoleón de los desastres en España y Rusia y apuntó que a menos que la guerra no fuese de “defensa nacional”, uno se cansaba rápidamente de ella.⁹⁶ Elzéar Blaze, cuyas memorias fueron escritas durante la Monarquía de Julio, se jactaba de que la mejor batalla en la que nunca había participado fue la batalla de Bautzen; estuvo todo el día contemplándola desde el campanario de una iglesia. “Esa forma de participar en una batalla es la más placentera que conozco. Cuando uno mismo es actor, no se puede ver nada... y entonces... y entonces... y entonces.”⁹⁷ De igual modo, Jean-Baptiste Barrès admitía que “nada es más abominable, más miserable, que la guerra”.⁹⁸ Sin embargo, esto no le previno de querer ver acción. El General Bigarré, por otra parte, afirmaba que:

Quienquiera que no haya conocido la vida militar no puede hacerse una idea de la felicidad de la que uno disfruta cuando es joven, robusto y de carácter aventurero para hacer la guerra en un regimiento famoso, y para servir con

⁹¹ Eugène LABAUME: op. cit., p. 108.

⁹² Sobre las nociones francesas tempranas de ‘gloria’ véase John A. LYNN: *Giant of the Grand Siècle: The French Army, 1610–1715*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 251-252; Íd.: “Towards an Army of Honor: The Moral Evolution of the French Army 1789–1815”, *French Historical Studies*, 16 (1989), pp. 152-173; Íd.: *The Wars of Louis XIV, 1667–1714*, Londres, Routledge, 1999, pp. 27-32; Michael J. HUGHES: “‘Vive la République, Vive l’Empereur!’: Military Culture and Motivation in the Armies of Napoleon, 1803–1808”, Tesis doctoral inédita, University of Illinois en Urbana-Champaign, 2005, pp. 353-360.

⁹³ Elzéar BLAZE: op. cit., I, p. 393.

⁹⁴ Charles-Nicolas FABVIER: *Journal des opérations du 6^e corps pendant la campagne de France en 1814*, París, Carez, Thomine et Cie., 1819, p. 8.

⁹⁵ *Ibidem*, pp. 3-4.

⁹⁶ Jean-Nicolas-Auguste NOËL: op. cit., pp. 137, 144 y 161.

⁹⁷ Elzéar BLAZE: op. cit., I, p. 354.

⁹⁸ Jean-Baptiste BARRÈS: op. cit., p. 55.

oficiales que tienen muy buena consideración de ti y con soldados que están dispuestos a seguirte⁹⁹.

No hay solo un sustrato nostálgico en todo esto; también hay un anhelo real de la guerra, que permaneció incluso en algunos de los veteranos que la habían superado.

VI.

Entre los escritores y poetas británicos de la primera mitad del siglo XIX, hubo una tendencia que percibía las Guerras Napoleónicas en un sentido muy romántico, hasta el punto de que algunos expertos hablan de una cultura de “militarismo romántico”.¹⁰⁰ En Francia, por otro lado, la corriente romántica que discurrió a lo largo de la primera mitad del XIX parece haber sido ampliamente pacifista, correspondiente con la general animadversión hacia la guerra de las décadas de 1820 y 1830. El movimiento despreciaba tanto la guerra como a los políticos sin escrúpulos que asociaba con la Revolución y el Imperio. El tipo de sentimiento antibelicista implícito en las representaciones del sufrimiento de guerra que, en ocasiones, puede encontrarse en estas memorias coincidía con esa tendencia literaria. De hecho, la respuesta de ver la guerra como horrible, una bastante obvia para el lector moderno, parece haberse manifestado aquí por primera vez en la Historia, coincidiendo con la adopción de una “cultura de la sensibilidad” en los ejércitos en la primera mitad del siglo XVIII.¹⁰¹

Que la experiencia de guerra estaba lejos de ser romántica era un elemento recordado constantemente de un modo u otro –las atrocidades cometidas contra los civiles en algunos teatros, las privaciones sufridas por las tropas, el horror de la batalla y sus consecuencias, y así sucesivamente–, así como que iba en contra de la visión idealizada de la guerra de la que habían sido sujeto durante años, por parte del Estado, los soldados de la Grand Armée.¹⁰² Pese a que memorias de guerra como las de Bourgogne y Coignet se asemejaban a una historia infantil de aventuras –una anécdota detrás de otra recordando sus encuentros amorosos, el estar al borde de la muerte, cómo eran más listos que los cosacos, o cómo conseguían sobrevivir de puro milagro–, los excombatientes rara vez pretendían idealizar la guerra. Así, Jean-Nicolas Noël escribía que mientras aún había algunos que podrían haber dado la bienvenida a una nueva guerra, las dificultades asociadas a la campaña y las consecuencias de la batalla, junto con la distancia del país y la familia, rápidamente traían de vuelta la realidad de la guerra, así como,

⁹⁹ Auguste-Julien BIGARRÉ: op. cit., p. 127.

¹⁰⁰ J.R. WATSON: *Romanticism and War: A Study of British Romantic Period Writers and the Napoleonic Wars*, Houndsmill, Palgrave-Macmillan, 2003; Nancy L. ROSENBLUM: “Romantic Militarism”, *Journal of the History of Ideas*, 2 (1982), pp. 249-268. Para un resumen de la literatura sobre el Romanticismo británico véase Neil RAMSEY: “Romanticism and War”, *Literature Compass*, 3 (2006), pp. 117-24.

¹⁰¹ Yuval Noah HARARI: *The Ultimate Experience...*, pp. 22 y 135-150.

¹⁰² Pueden encontrarse algunos ejemplos en Michael J. HUGHES: ““Vive la République, Vive l’Empereur!...””, pp. 260-261 y 311-312, números 19 y 20.

la visión del campo de batalla: los muertos arrojados caóticamente en una zanja cavada apresuradamente y cubierta con las pocas palas que había, llenas de tierra, los heridos abandonados sin ayuda a un destino que uno quizá compartiría mañana. Esas imágenes, y los llantos procedentes de los hospitales del campo de batalla, rápidamente enfriaban los espíritus más ardientes¹⁰³.

Si el soldado francés ideal era representado como alguien a quien le gustaba combatir,¹⁰⁴ las memorias de guerra presentaban una imagen bien diferente. Escribiendo muchos años después de la carga de caballería durante la batalla de Eylau, Auguste Thirion concluía que no sirvió

para nada, y nos arriesgamos a aniquilar a 2.000 magníficos jinetes sin resultado alguno. Iré más allá incluso... Si hubiésemos tenido éxito, un brillante informe habría detallado esa fanfarronada (*crânerie*) y el general habría escrito una gran página en su vida militar. ¡Un pequeño pedazo de gloria para una cuestión de gran sufrimiento!¹⁰⁵.

Sin embargo, como hemos visto, había diferentes respuestas frente a la guerra, algunas centradas en el honor y en el heroísmo, otras en el horror, y algunas otras una mezcla de ambas. Muchos de los relatos están imbuidos de un sentido de lo heroico. Esto se observa claramente en el modo en que las guerras son descritas en términos generales, esto es, como una aventura individual, como parte de una narrativa patriótica gloriosa. Las expresiones de patriotismo estaban, obviamente, abiertas a la interpretación, pero para Jérôme Laugier, por ejemplo, el día en que el soldado se ponía el uniforme era el día en que hacía el sacrificio más generoso por la *patrie*, el día en que se alistaba para derramar su sangre en defensa de sus ciudadanos y sus bienes, incluso aunque le considerasen una carga.¹⁰⁶ Estos ‘mártires de la Libertad’ como Laugier llama a sus camaradas de armas, merecían la admiración eterna de Europa. En cierto sentido, pese a la retórica sobre combatir por la *patrie*, el soldado que luchó en las guerras entre 1792 y 1815, al igual que el soldado de hoy en día, también luchaba por sus camaradas. Así pues, las emociones sutiles a menudo expresaban la pérdida de camaradas y amigos. A veces culpan a Napoleón por ello, pero no muy a menudo. Sin embargo, es esto, la naturaleza experiencial de las memorias, lo que resulta más interesante. Dejando de lado los argumentos acerca de su inexactitud histórica, las memorias de guerra, y las diversas imágenes bélicas que pueden encontrarse en ellas, no solo muestran cómo interpretaban el pasado y cómo se relacionaban con él, sino que también son un buen reflejo de la vida más privada de estos individuos. Consecuentemente, las memorias son documentos de incalculable valor para entender cómo los veteranos interpretaban las guerras, incluso aunque sus recuerdos fuesen reconstruidos y filtrados a lo largo del tiempo.

¹⁰³ Jean-Nicolas-Auguste NOËL: op. cit., p. 161.

¹⁰⁴ Michael J. HUGHES: “Making Frenchmen into Warriors...”, p. 57.

¹⁰⁵ Auguste THIRION: *Souvenirs militaires*, París, À la Librairie des Deux Empires, 1998, pp. 7-8.

¹⁰⁶ Jérôme LAUGIER: op. cit.

Agradecimientos

El autor quiere agradecer a los evaluadores anónimos de la revista *European History Quarterly* por sus comentarios y sugerencias. La investigación detrás de este artículo ha sido realizada gracias a una beca del Australian Research Council.